

ber sabido dar cima á la gloriosa empresa á que parecia destinada por la naturaleza. Nacida en Asia, establecida en una costa, separada apénas de Europa por el mar, Cartago hubiera podido ser el lazo del Oriente y del Occidente. Pero la antigüedad, edad de lucha violenta, no pensaba en asociar á los hombres. Si los pueblos comerciantes han aproximado los países más alejados, lo han hecho sin darse cuenta de ello; el egoismo, el más malo de los instintos, ha sido en manos de Dios un medio de preparar la futura unidad humana.

CAPITULO II.

EL DERECHO DE GENTES.

§ I.—Conquistas.

El espíritu comerciante es tan invasor como el genio guerrero. ¿No vemos en nuestros dias cómo la nacion, á quien llaman la Nueva Cartago, se establece en todos los puntos del globo, ya por medio de las armas, ya por medio de las colonias? Los Tirios emigrados se encontraban en una admirable situacion para satisfacer esta ambicion; tenian delante de sí un mundo que estaba esperando dueño; se apoderaron de él por derecho de ocupacion. El comercio desarrolló rápidamente las fuerzas de la república; dominó bien pronto á los indígenas y los convirtió en instrumento de su poder. *Heeren* dice que la aristocracia cartaginesa siguió en sus conquistas una política moderada. No es muy merecido este elogio. Si las posesiones de Cartago en África tenian poca extension, consiste en que los desiertos y las poblaciones nómadas, tan movibles como la arena del Sahara, eran un obstáculo opuesto á sus invasiones por la misma naturaleza. En el Occidente la ambicion de los Cartagineses no conoció límites. En la época de su rompimiento con Roma, la ciudad comerciante poseia un imperio más vasto que el pueblo conquistador.

Cartago se apoderó con preferencia de las islas. Estas posesiones le servian de estaciones para su inmenso comercio, y le era fácil retenerlas bajo su autoridad por medio de su poderosa marina. Los Cartagineses eran dueños de Cerdeña y de Córcega. Com-

batieron durante dos siglos por Sicilia; aún cuando la resistencia invencible de la raza helénica les impedía acabar su conquista, tuvieron en ella establecimientos considerables. Malta, las islas Baleares, todas las pequeñas islas de las costas de la Libia y del Mediterráneo occidental les pertenecían. Sus relaciones con España fueron pacíficas en un principio; entraron siguiendo las huellas de las colonias fenicias y acabaron por conquistar toda la Península. Sus colonias ocuparon las costas del África occidental. También se establecieron los Cartagineses en el Norte de Europa (1).

¿Cómo hizo tan inmensas conquistas un pueblo de comerciantes? Aún cuando Cartago ha producido un guerrero de primer orden, no tuvo nunca el genio de la guerra. Los Cartagineses figuraban en pequeño número en los ejércitos, y no tanto para combatir cuanto para vigilar á sus soldados alquilados y asegurarse de que ganaban bien su paga. Es la primera vez que encontramos en la historia ejércitos mercenarios. Este sistema tuvo su origen en la antigüedad; atravesó la Edad Media y ha sido practicado hasta en los tiempos modernos. ¿Cuál ha sido su influencia sobre el derecho de guerra y sobre las relaciones internacionales?

Toda ciudad comerciante que quiere hacer la guerra se ve en la necesidad de comprar soldados. Tiro tenía ya extranjeros á sueldo, los Cartagineses, convertidos en conquistadores sin abandonar por esto sus pacíficas ocupaciones, no tenían tampoco otro medio de atender al inmenso consumo de hombres que ocasionan las guerras permanentes. Debemos, pues, atribuir á los pueblos comerciantes el origen de esta manera de reclutar ejércitos. Los historiadores están todos acordes acerca de los inconvenientes de las tropas mercenarias. Como fuerza militar, dice *Maquiavelo*, cuestan caras, y sobre todo, son temibles para la nación que las emplea; economizan su sangre cuando se trata de batirse; si son vencidas, necesitan dinero para su paga y dinero para consolarse de su derrota; cuanto más desastrosa es la campaña, tanto más exigentes se manifiestan, y tanto ménos dispuesto se encuentra el

(1) HEEREN, t. I, p. 67-115.

gobierno que las alquiló para pagarlas ni resistirlas (1). Para formarse idea de lo que tiene de funesta esta organización de los ejércitos, es menester verlas en los campos de batalla.

Los filósofos del último siglo han definido el soldado: un matador pagado; esta definición, aplicada á los mercenarios, es una horrible verdad. Los que combaten como ciudadanos ó como súbditos conservan un carácter moral, el mercenario no es más que un arma de destrucción; su oficio es matar, y lo cumple mejor que una máquina, porque emplea en él su interés y su pasión. Vamos á asistir al espantoso espectáculo de las guerras de Sicilia: ¿no deberémos atribuir á los ejércitos mercenarios las horribles crueldades de que están llenas? Tito Livio pinta á los soldados de Aníbal construyendo puentes con montones de cadáveres, y alimentándose con carne humana (2). Aún descartando el odio nacional que ciega al historiador, han debido tener lugar escenas atroces para que hayan podido pasar semejantes tradiciones. Sin embargo, en las campañas de Sicilia y de Italia, los mercenarios estaban contenidos por la disciplina. Hubo una guerra, en la cual pudieron entregarse sin freno á sus brutales instintos; en una edad en que la barbarie era casi un derecho, la *guerra de los mercenarios* horrorizó á todos los pueblos; se la llamó *la guerra inevitable* (3).

Cartago quedó exhausta en su primera lucha con Roma; su tesoro estaba vacío, y regateó su paga á los mercenarios. Los generales trataron en vano de contenerlos con sus súplicas; *Polibio* dice que aquellos hombres eran más feroces que las fieras. Setecientos cartagineses cayeron en su poder; entre ellos se encontraba Gescon, que había alcanzado el aprecio de las tropas extranjeras; les cortaron las manos y las orejas, les rompieron las piernas y los arrojaron vivos en una zanja. Amílcar pidió que le entregáran siquiera los cadáveres; los bárbaros le contestaron que todo enviado sería tratado de la misma manera; proclamaron como ley que todo prisionero cartagines sería crucificado, y que á todo

(1) MAQUIAVELO, *El Principes*, c. 13.—ID., *El Arte de la guerra*, lib. I.—ID., *Historia de Florencia*, lib. V.

(2) LIV., XXIII, 6.

(3) POLYB., I, 65, 6.

aliado de Cartago se le cortarian las manos. Entonces tuvieron lugar horribles represalias. Amílcar consiguió encerrar en un desfiladero un cuerpo de insurrectos: de cuarenta mil no se escapó ni uno (1).

La barbarie y la crueldad son contagiosas. ¿Qué valor podia tener para los Cartagineses la vida de los mercenarios? Era una sangre vil; la compraban y la derramaban sin más sentimiento que el del oro que costaba. La guerra, esa terrible apelacion á la justicia de Dios, era una especulacion para Cartago: «Emprendió nuevas conquistas, ya con la esperanza de encontrar nuevas minas que explotar, ya para abrir mercado á sus mercancías. Podia invertir 50.000 mercenarios en tal empresa, más en tal otra. Si los rendimientos eran buenos, nadie se quejaba de los anticipos que habia costado; se compraban hombres nuevamente, y todo iba bien» (2). La insurreccion de sus soldados alquilados comprometió pocas veces á los Cartagineses; tenian una manera económica de ajustar estas cuentas. Más allá de Lipari hay una pequeña isla llamada *Osteodes*, la isla de los huesos. Seis mil mercenarios amenazaban con volver sus armas contra Cartago si no se les pagaba su sueldo; una orden del Senado mandó á los generales abandonar á los culpables en una isla desierta, en la cual perecieron todos de hambre; como la isla era pequeña, quedó toda cubierta de huesos; de ahí su nombre (3).

Después de estas atrocidades, ¿tendremos valor para decir que el sistema de los ejércitos mercenarios favoreció las relaciones internacionales? Heeren hace observar que la política comercial de Cartago no era extraña al empleo de tropas alquiladas. Entablábanse relaciones entre los pueblos que suministraban los soldados y la república que compraba sus servicios. Estas relaciones facilitaban el tráfico de los comerciantes; éstos encontraban en todas partes hombres afectos á Cartago por el interes, ya que no por el cariño. Los Cartagineses no buscaban más que su negocio; pero lo que ellos hacian por un sentimiento egoista, ¿no tenia, sin que

(1) POLYB., I, 66, 5; I, 67, 6; I, 80, 81; I, 82, 84, 85.

(2) MICHELET, *Historia romana*, lib. II, c. 3.

(3) DIODOR., V, I.

ellos lo supieran, un objeto más elevado? Buscaban sus mercenarios, dice Polibio, entre naciones de diversos orígenes y lenguas, para impedir confabulaciones entre sus soldados, que siempre estaban dispuestos á la insurreccion (1). Las comunicaciones que la política trataba de impedir eran inevitables, porque las armas crean relaciones de compañerismo, lo mismo que el comercio y las ideas. En vano Cartago queria aislar á los pueblos, contra su intencion los unia.

Los Cartagineses tenian á su lado la mitad de Europa y del Africa. Veíanse en sus ejércitos hordas de Galos medio desnudos é Iberos vestidos de blanco; Ligurios salvajes al lado de los Nasamonos y de los Lotofagos africanos; los Cartagineses y los Libi-fenicios se mezclaban allí con los Griegos y los Italianos. Los Númidas del desierto, montados en caballos en pelo, eran una formidable caballería. Los honderos de las islas Baleares formaban la vanguardia. Una multitud de elefantes, guiados por cornacas de Etiopía, cubrian el frente como una línea de fortalezas movibles. Los ejércitos de Cartago recuerdan los de los Persas; los unos eran un conjunto informe de las naciones del Oriente, los otros se reclutaban entre los pueblos del Occidente. El imperio persa dió principio á la fusion de los pueblos que habian de llevar á cabo las conquistas de los Griegos y de los Romanos. La dominacion de Cartago concurre al mismo fin. Las instituciones más funestas en apariencia tienen su parte útil; cuando desempeñan en la historia un papel tan considerable como los ejércitos mercenarios, debe reconocérseles una mision providencial á ménos de creer en el dominio absoluto del mal. La guerra, que hoy maldecimos, era en la antigüedad el instrumento más poderoso de la civilizacion; la organizacion de los ejércitos por medio de soldados mercenarios ha tenido parte en el laborioso desarrollo de la humanidad.

§ II.—El derecho de guerra.

Las relaciones de Cartago con sus mercenarios nos dan idea de su derecho de gentes. Aun cuando los pueblos antiguos no cono-

(1) POLYB., I, 67, 4.—HEEREN, t. IV, p. 285, 296.

cian la humanidad, sería difícil encontrar en sus anales una acción tan friamente atroz como la de la isla de los Huesos. Si los Persas y los Griegos mismos eran crueles, es porque el instinto de la destrucción ó la pasión los movían á ello. También los Romanos carecían de sentimientos de humanidad; pero los suplía la política; inspirados en la alta ambición de conquistar el mundo, usaban con moderación de la victoria. En los Cartagineses la crueldad era un cálculo; era como un elemento de la especie de comercio que llamaban la guerra. Esta diferencia revela una oposición profunda entre los comerciantes de Cartago y las poblaciones guerreras de Grecia y de Italia. ¿Debemos buscar la causa en la diversidad de las razas (1)? Los caracteres de las naciones y las disposiciones que las asemejan ó las diferencian son el secreto de Dios; contentémonos con consignarlas; en vano trataríamos de explicarlas (2).

Los Cartagineses heredaron la antipatía que los Fenicios sentían hácia los Griegos. La primera parte de su historia es como un largo duelo con la raza helénica; la lucha no cesa sino por la intervención de un adversario más formidable. Uno de los más antiguos combates navales de que la historia ha conservado recuerdo, es el que los Cartagineses, unidos con los Etruscos, dieron contra los Focenses, cuyas expediciones aventureras inquietaban á los comerciantes de Africa y de Italia (3). El éxito fué de mal agüero para los Cartagineses; los Griegos vencedores, pero debilitados por la lucha, fundaron en la Galias la célebre colonia, que había de sacar partido más adelante de la destrucción de Cartago. Desde entónces las hostilidades de los dos pueblos fueron permanentes. Algunas tradiciones acerca de las relaciones de los Cartagineses y de los Griegos manifiestan claramente el odio que entre ellos mediaba. Según *Justino* un decreto del Senado prohibió á los Cartagineses aprender á escribir y hablar la lengua griega, á fin de impedirles todo comercio con los enemigos, sin auxilio de intérprete (4). Semejante orden podría en rigor

(1) MICHELET, *Historia romana*, lib. II, c. 3.

(2) BALLANCHE, *Palingenesia*, Prólogo.

(3) HEROD., I, 166.

(4) JUSTIN., XX, 5.

concebirse en un Estado aislado como Esparta; es casi imposible en una ciudad comerciante, cuyas comunicaciones con el extranjero son diarias. Pero ¡cuán profunda animosidad supone la idea de esta prohibición! El odio de Cartago estalló, según dicen, cuando la expedición de Jerjes. El Gran Rey quería exterminar á los Helenos; con este fin hizo alianza con los Cartagineses. Convínose que éstos harían la guerra á los griegos de Sicilia y de Italia, mientras los Persas atacaban la Grecia. Cartago empleó tres años en sus preparativos; su ejército no era indigno de figurar como auxiliar de la masa enorme que Jerjes lanzó sobre la Grecia; constaba de 300.000 hombres y 200 navios (1). El silencio de Herodoto ha hecho creer á un historiador moderno que aquella alianza era una fábula (2). Nosotros la encontramos muy natural. Los Persas y los Cartagineses tenían los mismos enemigos; su unión contra los Helenos estaba, pues, aconsejada por el interés común. Por otra parte, en el ejército de Jerjes figuraban los Tírios. Siendo dueño de la metrópoli, el Gran Rey tenía, ó creía tener, un derecho á dominar en sus colonias. El odio, que la lucha por la posesión de Sicilia encendió entre Griegos y Cartagineses bastaría para explicar la unión de éstos con los enemigos de la Grecia.

La Sicilia fué como el punto de cita de los pueblos antiguos (3); bárbaros y comerciantes eran igualmente atraídos por la maravillosa fertilidad de su suelo. Desgraciadamente en la antigüedad no se encontraban los hombres más que para combatir: la Sicilia fué el campo de batalla de los Cartagineses, de los Griegos y de los Romanos. Esta isla era de gran importancia para los comerciantes de Cartago; por conquistarla derramaron en abundancia la sangre de los mercenarios; pero encontraron allí á la raza helénica, la cual hubiera sido invencible si hubiera estado unida. Se empeñó entre los dos pueblos una lucha larga y sangrienta. Acaso en ninguna guerra se cometieron tantas atrocidades; la crueldad africana provocó venganzas: de represalia en represalia las hostilidades tomaron un carácter inaudito de barbarie. No sin razón

(1) DIODOR., XI, 1.

(2) DAHLMANN, *Forschungen*, II, 1 (p. 185 y sig.).

(3) SIL. ITALIC., *De bell. pun.*, XIV, 11, s.

imputa Herder como un crimen á los Cartagineses la suerte de Selinonte, de Himera, de Agrigento, de Mesina. Escuchemos la relacion de Diodoro:

« Despues de la toma de Selinonte, los Bárbaros se esparcieron por toda la ciudad; saquearon las casas, quemaron los edificios y los habitantes que en ellos habian quedado, persiguieron por las calles á los que se habian escapado, degollando sin piedad indistintamente jóvenes, niños de pecho, mujeres y ancianos. Segun la costumbre de su patria, mutilaron los cadáveres; unos se hicieron cinturones de manos cortadas, otros enseñaban las cabezas clavadas en sus picas» (1).....

Humeaban aún las ruinas de Selinonte, cuando la ciudad de Himera cayó en poder de los Cartagineses y fué completamente arrasada. El general cartaginés mandó hacer prisioneros; pero ¿cual era el objeto de esta aparente humanidad?» Repartió á su ejército las mujeres y los niños; los hombres, en número de tres mil, fueron conducidos al paraje en que su abuelo Amílcar habia sido muerto por Gelon, y allí los hizo morir á todos en medio de espantosos suplicios» (2).

Los Cartagineses amontonaban ruina sobre ruina. Tres años despues de la destruccion de Selinonte y de Himera, se apoderaron de Agrigento, una de las más ricas ciudades de Sicilia; los hombres fueron pasados al filo de la espada; se los arrancaba de los templos para darles muerte (3). Esta barbárie de los Cartagineses no tenía nada de extraordinaria; su derecho de guerra habitual era crucificar á los prisioneros, y aplicarles tormentos, de los cuales hay que separar la vista, segun la expresion del historiador griego (4). Contra semejantes enemigos las represalias parecian más que un derecho; se las consideraba casi como un deber; era menester enseñarles, dice Diodoro, á escuchar en lo sucesivo las súplicas de los vencidos. Cuando Dionisio declaró la guerra á Cartago, los Griegos hicieron estallar su ódio contra la raza púnica; saquearon las posesiones de los Cartagineses, se apoderaron de sus personas

(1) DIODOR., XIII, 57.

(2) IBID., 62.

(3) IBID., XIII, 90.

(4) IBID., III.

y las llenaron de ultrajes; crucificaron á aquellos Helenos que no se avergonzaban de ser auxiliares de los Bárbaros. Las represalias aumentaron la rabia de los Cartagineses. « Despues de haber arrasado los muros de Mesina, Imilcar ordenó á sus soldados que destruyeran completamente las casas sin dejar de ellas ni ladrillos ni maderas, y que quemáran y rompieran cuanto encontrasen. Pusieron manos á la obra y la destruccion fué en breve completa; tan completa que era imposible reconocer los parajes que habian sido ocupados por sus habitantes.» No fueron los Cartagineses más humanos con los vencidos; persiguieron sin descanso á los fugitivos con prohibicion de darles cuartel; los campos de batalla quedaron en gran trecho cubiertos de cadáveres (1).

La guerra entre ambos pueblos duró cerca de dos siglos. Los Cartagineses no lograron apoderarse por completo de la isla, y los Griegos no tuvieron fuerza bastante para expulsarlos. Fué una felicidad para las poblaciones de Sicilia la aparicion de un nuevo competidor, que puso fin á tan terribles hostilidades. Llegamos ya á las guerras púnicas. La suerte de Cartago va, desde este momento, unida á la suerte de Roma: la lucha de ambas repúblicas pertenece á la historia del derecho internacional de los Romanos.

§ III.—Condicion de los vencidos.

¿Ha legitimado Cartago sus conquistas, civilizando á los vencidos? Pareceria natural que los pueblos comerciantes fueran más propios que otro cualquiera para extender los beneficios de la civilizacion; pero la historia demuestra que su dominacion es más opresora que la de las naciones guerreras. La ambicion es un móvil más noble que el deseo del oro. El deseo de la gloria inspiró á Alejandro la idea de establecer la igualdad entre los Griegos y los Bárbaros, y de formar con todos los pueblos una asociacion. Sin elevarse á tan alta concepcion, los Romanos contribuyeron á realizarla, asimilándose las poblaciones conquistadas. Los Cartagi-

(1) DIODOR., XIV, 46, 53, 58; XV, 17.

neses no ejercieron sobre los vencidos ningún poder de asimilación; nunca pensaron en fundirse con ellos; no trataron más que de explotarlos en provecho de su comercio. Tal es la política de todos los Estados comerciantes, ó, por decirlo así, su incapacidad. No ha habido dominación más dura que la de los comerciantes genoveses en Córcega; esta desgraciada isla, administrada como una finca, pero por un propietario inepto, «llegó á ser el país más miserable de Europa, la comarca tal vez más desolada del universo» (1). Los Ingleses gobiernan con más inteligencia sus colonias; pero lejos de unirse con los indígenas, cifran su orgullo en aislarlos. No es esto decir que el comercio esté fatalmente condenado á desunir las naciones: ¿qué sería, en este caso, del mundo moderno, en el cual domina el espíritu comercial? Los pueblos comerciantes están llamados á dar cima á la obra comenzada por los conquistadores, el gran trabajo de la unidad humana. Si hasta aquí se han mostrado dominadores ávidos y tiránicos, es porque las naciones están divididas por el interés más aún que por la ambición. Cuando las relaciones comerciales hayan sido organizadas bajo un plan de solidaridad, entonces el poder de unión, inherente al comercio, se desarrollará y logrará lo que los más poderosos conquistadores han intentado en vano: dominar al mundo entero.

«Los Cartagineses, dice Polibio, no estimaban á aquellos gobernadores de provincias que administraban con dulzura y humanidad á los pueblos sojuzgados; admiraban, por el contrario, á los que trataban con dureza á los pobres cultivadores, y procuraban más rentas á la república: el tipo de estos hombres era Hannon» (2). Aún en tiempo de paz, el Gobierno agobiaba con impuestos á sus súbditos; cuando las desgracias de las guerras ocasionaban gastos extraordinarios, llegaban á exigir la mitad de las rentas: aquellos dominadores implacables no perdonaban ni á la miseria (3). ¿Habríamos de asombrarnos de que la dominación de Cartago fuera tan mal segura y de que el enemigo fuese siempre

(1) JACOBI, *Historia general de Córcega*.

(2) POLYB., I, 72, 3.

(3) POLYB., I, 72, 1, 2.

recibido como un libertador? Los Españoles creyeron ver un dios en Escipion (1). Los habitantes de la Libia, con los cuales hubieran debido fundirse los Cartagineses, por su contacto secular, gemían bajo su yugo; en cuanto aparecía un enemigo de Cartago en las costas africanas, los naturales del país acudían en masa bajo sus banderas (2). En la guerra de los mercenarios, el ejército de los insurrectos contaba 100.000 hombres de la Libia: las mujeres mismas, recordando que sus maridos y sus parientes habían sido reducidos á prisión por los exactores de los tributos, se despojaron de sus alhajas para ayudar á los gastos de aquella guerra de venganza. Hasta las colonias fenicias abandonaron en las guerras púnicas á la ciudad que las trataba más como madrestra que como hermana (3).

(1) POLYB., X, 35, 3.

(2) DIODOR., XX, 55. — POLYB., I, 72, 5; I, 70, 9.

(3) APPIAN., *Fenic.*, c. 3.